

Carlos Silva Vildosola

10

CHILE
Y LA
GUERRA
EUROPEA

CHILE
Y LA GUERRA
EUROPEA

CARLOS SILVA VILDOSOLA



CHILE
Y LA GUERRA
EUROPEA



CHILE Y LA GUERRA EUROPEA



I

Los residentes extranjeros.

En las estadísticas de la emigración europea hacia la América Latina, Chile figura con cifras muy bajas, inferiores aun a las de países que se hallan bajo clima y en condiciones de progreso menos aptos para atraer al emigrante.

Su posición geográfica de aislamiento entre la Cordillera de los Andes, que solo en 1910 ha sido perforada por un ferrocarril, y el Océano Pacífico al cual había que llegar dando la vuelta por el Estrecho de Magallanes, ha hecho de Chile un país de difícil acceso.

Su clima y su topografía hacen necesaria en Chile una lucha ruda con la naturaleza para arrancarle sus tesoros agrícolas o mineros, lo que no permite la creación de fortunas rápidas como las que sueñan los emigrantes.

Este mismo aislamiento y esta necesidad de un esfuerzo prolongado, han hecho la raza chilena, algo insular en su orgullo nacional y en su fanático y noble apego a la tierra natal, desconfiada del extranjero, sin dejar de ser hospitalaria y generosa, y resuelta a conservar la pureza de la nacionalidad.

Existe en Chile un sentimiento nacional fuerte, seguro de sí mismo, celoso de su predominio en el país que habitaron sus abuelos, capaz de realizar por sí mismo el progreso de la República y que, sin desdeñar el comercio intelectual o material con los demás pueblos, aspira en el fondo a conservar el manejo de su herencia sin intervención extraña.

El carácter chileno, como lo ha observado un eminente escritor inglés, Mr. James Bryce (hoy Vizconde Bryce), en una obra reciente, está bien definido, y la unidad y el ardor del sentimiento nacional son mayores que en cualquiera otro país de la América española.

Según el último censo de la República había en Chile en 1907, en una población total de 3.249.279 habitantes, 134.524 extranjeros. De este número hay que descontar para la apreciación de los elementos europeos unos 50.000 peruanos y bolivianos, la mayor parte pertenecientes a las provincias anexas en 1881, y unos 6.000 argentinos.

El número de los residentes que proceden de las naciones beligerantes en la guerra actual era el siguiente :

| | | | |
|--------------------|---|------------------|--------|
| Aliados | { | Británicos | 9.845 |
| | | Franceses..... | 9.800 |
| | | Italianos | 13.023 |
| Imperios Centrales | { | Alemanes | 10.724 |
| | | Austriacos..... | 3.813 |

Habia además en Chile unos 18.000 españoles, 2.000 suizos, 1.000 americanos, 1.700 súbditos otomanos y grupos insignificantes de otras diversas nacionalidades.

Los que figuran bajo la denominación de austriacos son casi en su totalidad dálmatas o de otros países sometidos al Austria-Hungría, que no se consideran ligados por vínculos morales al Imperio y que salieron de su país para no vivir bajo dominación extranjera. Los llamados turcos son todos armenios o sirios de religión cristiana que se hallan respecto de la Turquía en una posición análoga.

Estas cifras no han debido sufrir modificaciones sensibles en los últimos ocho años, porque no ha habido movimiento inmigratorio apreciable. En todo caso, me parece cierto que los diversos grupos han guardado más o menos las proporciones respectivas que antes tenían.

La población nacional y la extranjera aumentan en Chile constantemente, pero con lentitud. En 1854, con una población total de 1.439.000 habitantes Chile tenía 19.669 extranjeros. En 1875 la población total subía a 2.075.000 y los extranjeros a 25.199. En 1885 la cifra de los residentes extranjeros se infla bruscamente a causa de la anexión de las

provincias peruanas y bolivianas y llega á 87.077 con una población total de 2.527.000. En 1895 hay 79.056 extranjeros con una población total de 2.712.000.

II

Influencias francesa é inglesa.

Estas colonias no representan en realidad las relaciones comerciales o intelectuales de sus respectivos países con Chile. Así, por ejemplo, los españoles constituyen la colonia más numerosa, y nuestro comercio de todo género con España ha sido muy escaso. Le sigue en importancia numérica la italiana y solo en los últimos años ha habido relaciones de alguna significación con Italia.

Desde los comienzos de su existencia como país libre, Chile recibió la influencia de Francia y de Inglaterra. Marineros ingleses organizaron la escuadra chilena; soldados franceses pelearon en las batallas de la Independencia; libros, ideas é irradiaciones francesas inspiraron los primeros movimientos intelectuales, y principios británicos de libertades públicas fueron incorporados en nuestra Constitución política.

La instrucción pública fué organizada según ideas importadas de Francia y las generaciones que dieron a la República su primera fisonomía estudiaron en textos traducidos del francés la historia, la filosofía, el derecho, las ciencias físicas. Compartían este favor los economistas ingleses de la gran escuela liberal cuyas doctrinas difundió en el país un profesor francés, M. Courcelle-Seneuil. Eran los tiempos en que un miembro del Instituto de Francia, M. Claude Gay, escribía la historia de Chile, y otro francés, M. Aimé Pissis, levantaba el primer mapa completo del país y estudiaba su geografía física.

Los códigos chilenos tuvieron su origen en los franceses y nuestro Código Civil, obra maestra de genio jurídico, de ciencia original y sabia adaptación, está inspirado en el Código Napoleon. Nuestra jurisprudencia ha bebido y bebe en fuentes francesas.

Los precursores de la Independencia y los primeros

hombres que bajo el régimen de libertad hablaron a sus conciudadanos de doctrinas políticas tenían frescas las lecturas de los pensadores franceses del siglo XVIII. Más tarde el parlamentarismo inglés y la observación de la democracia americana no hicieron más que modificar esas tendencias sin alterar su esencia

Las artes recibieron siempre influencias francesas desde que comenzaron los chilenos a interesarse en la pintura, la escultura y la arquitectura. En la música debemos a los italianos la formación del gusto. Aún las escuelas españolas de pintura no fueron bien estudiadas en Chile sino en los últimos años y por cierto que con mucho provecho para nosotros.

El que recorriera librerías o bibliotecas chilenas quedaría sorprendido de hallar en las mejores, mayor número de libros escritos en lengua francesa que en nuestra propia lengua española, sea en ciencias, en derecho, historia o literatura.

La lengua francesa ha sido obligatoria en los establecimientos del Estado para optar al grado de bachiller, y aún cuando en años posteriores se ha preconizado mucho la enseñanza del inglés y del alemán, la juventud chilena sigue prefiriendo el aprendizaje del francés. Casi no existe un hombre con alguna cultura intelectual, profesor, abogado, médico, ingeniero, político, escritor, que no pueda, por lo menos, leer francés y no se sirva de esta lengua para sus estudios o su recreo.

Francia ha sido para los chilenos el centro de luz, la inspiradora cuyas manifestaciones intelectuales tenían el poder de universalizarse, de extenderse por el mundo con una facultad especial de adaptación a todos los pueblos de próximo o remoto origen latino.

Es menor, sin duda, el número de los chilenos que han recibido una influencia inglesa a causa de la dificultad del idioma y la misma originalidad de las instituciones y mentalidad británicas que las hace difícilmente asimilables para pueblos de nuestro origen. Pero su liberalismo, sus escuelas económicas, su literatura y su arte han gozado de grandes simpatías y sido objeto de estudio y admiración.

III

La penetración alemana.

Se podría escribir un libro en extremo interesante sobre la tentativa de penetración comercial é intelectual que los alemanes han hecho en Chile bajo los auspicios de su gobierno durante los últimos 25 ó 30 años.

La colonización alemana que el Gobierno de Chile introdujo hacia la mitad del siglo XIX en la provincia austral de Valdivia, no forma parte de ese movimiento. Aquellos eran hijos de la vieja Alemania dividida en pequeños reinos, que dejaban sus respectivas naciones en crisis económica y política, en los días en que los sueños de los liberales germánicos, de los últimos idealistas que hubo en aquella raza, se desvanecían para dar lugar a las ideas que han producido la Alemania moderna.

Los colonos de Valdivia, en su mayor parte agricultores y pequeños industriales honrados y laboriosos, han vivido en paz en nuestra provincia, sin enseñar siempre su idioma a sus hijos que se hacían chilenos verdaderos, ajenos a las tendencias imperialistas que no habían conocido, contentos de convertirse en ciudadanos de una nación modesta pero libre. Como dice Lord Bryce en el libro citado y con una expresión que es mejor no traducir : « have settled down and become completely domesticated. »

La labor de penetración comienza con los profesores que el Gobierno de Chile contrató en diversas oportunidades desde hace unos treinta y tantos años, aunque solo se intensifica y se ajusta a un plan con el arribo a Chile, algunos años más tarde, de un numeroso grupo de oficiales alemanes contratados como instructores para el ejército por el General Korner, un excapitán alemán que despues de pasar algunos años en Chile habia llegado a ser, merced a su intervención en la guerra civil de 1891, el árbitro supremo de las instituciones militares del país.

El Gobierno de Chile y sus consejeros seguían en esto la moda del día. La guerra de 1870 habia despertado en todo el mundo, en la Francia misma, el interés por todo lo alemán, ciencias, pedagogía, métodos militares, sistemas comerciales

é industriales. Eran los días en que escritores franceses discurrían sobre la inferioridad de las razas latinas y se afanaban por hallar el secreto de la superioridad de los anglo-sajones. Un gran soplo helado de desaliento, de desconfianza de si mismo, pasaba por el mundo que engendró Roma.

Casi simultaneamente con la llegada a Chile de esos espléndidos elementos de propaganda, se establecieron en el país, Bancos alemanes, aumentó el número de las grandes firmas comerciales de esa nacionalidad, fué elevada la categoría de la Legación de Alemania en Chile hasta entonces á cargo muchas veces de Cónsules que ejercían de Encargados de Negocios, se inició una activa labor diplomática a fin de interesar a los comerciantes alemanes en negocios chilenos, y se proclamó en todas las formas la simpatía que por Chile tenían el Emperador, el Gobierno y el pueblo de Alemania.

Muy pocos estudiantes chilenos aprovecharon las facilidades que les brindaban las universidades germánicas. Apenas si algunos jóvenes médicos gueron a perfeccionar sus estudios a ellas, sin dejar por eso de acudir a París y de visitar los hospitales ingleses. Pero, en cambio, fueron muchos los oficiales del Ejército enviados a escuelas y regimientos alemanes.

La acción de los instructores militares en Chile fué mas fecunda para Alemania que la de los profesores. Estos últimos tenían un campo más restringido y no disponían de toda la libertad que hubieran deseado para aplicar sus métodos y difundir sus tendencias. La resistencia de los elementos nacionales era grande y se ejercía en las escuelas con una libertad que no podía tener en el Ejército.

Los católicos militantes veían en la labor de esos profesores, protestantes o libre-pensadores, un peligro para la unidad religiosa del país, y los combatían ardientemente. Acaso por esto mismo hallaban apoyo en los elementos liberales. Pero no faltaron hombres de ideas muy avanzadas y libres de todo prejuicio, como el célebre poeta y pedagogo Don Eduardo de la Barra, que hicieron una campaña enérgica y continua en la prensa y en sus cátedras contra los profesores germánicos. En sus brillantes folletos, modelos de elegancia en la forma y de causticidad, de la Barra calificaba de « embru-

amiento alemán » el empeño que las autoridades ponían en contratar nuevos maestros de esa nacionalidad.

En el Ejército, sobre el cual ejercía el General Korner una autoridad sin límites, la labor era más fácil y fué rapidísima, violenta, de brusca transformación, merced a la actividad de los alemanes y a la inteligencia de los chilenos que tienen una poderosa facultad de asimilación y gusto innato por las cosas militares.

Se tradujeron é implantaron los reglamentos prusianos, se alteró la vida militar desde los cimientos a la cima, y todo se hizo con una precipitación inaudita, sin adaptar, sin ver lo que convenía o no convenía al país, por medio de copias mecánicas. Un buen día, los chilenos vieron a sus soldados vestidos con túnicas prusianas, con franjas verdes, rojas y amarillas, con muchos adornos y entorchados, cubierta la cabeza morena con el casco acabado en punta, desfilando al paso de parada que la caricatura ha popularizado en todo el mundo.

Esta reproducción exacta de los reglamentos, de los métodos, de los uniformes y hasta de los utensilios para uso del Ejército, facilitaba el otro aspecto de la reforma que consistía en que el Gobierno de Chile adquiriera en Alemania cuanto hubiera menester para su Ejército, desde los cañones Krupp y los rifles Mauser, hasta las herraduras de los caballos y los paños de diversos colores con que debían vestirse los soldados a la usanza y tradición prusiana.

No faltaron protestas. Un grupo de generales, veteranos de campañas gloriosas, fueron llamados al retiro en castigo de haber murmurado contra la reforma que les parecía, por lo menos, indiscretamente precipitada.

Más tarde, y a medida que los instructores alemanes regresaban a su país, los oficiales chilenos han hecho una labor de adaptación muy inteligente, que aunque conserva el espíritu general de los métodos alemanes, tiene mucho de original, de adecuado al pueblo de Chile, y la reforma va perdiendo poco a poco el carácter que le daba la imitación servil hecha a empujones en los primeros años.

Entre tanto, se despertaba en el país el espíritu nacional y se diseñaban reacciones contra la tendencia a importar en Chile una cultura tan opuesta al genio nacional, tan ajena

a su tradición, tan impregnada de principios fundamentales contrarios a los que debían servir de base a nuestra joven democracia. Tanto en los medios intelectuales como en la clase obrera se comenzaba a oponer un nacionalismo bien entendido a la imitación alemana.

Los primeros profesores llegados a Chile hace treinta años venían por su propia iniciativa y eran seleccionados por los agentes del Gobierno de Chile. Muchos de ellos están aún en el país al cual han ligado su vida, donde han hecho buena obra, y son hombres dignos de estimación.

Desde que Alemania comenzó a desplegar en una forma más franca su plan de predominio, de absorción, de conquista universal, cada vez que el Gobierno de Chile quería contratar un alemán debía dirigirse al Gobierno del Imperio y era éste quien escogía al individuo designado para ir a nuestro país en calidad de instructor militar, de profesor, de ingeniero de ferrocarriles.

Los resultados fueron muy diversos. Muchos de los recién llegados obraban como agentes políticos y comerciales de Alemania. En vez de tratar de adaptarse al espíritu nacional y respetar la idiosincrasia de nuestra raza, como lo habían hecho los primeros profesores cuyos servicios a la instrucción pública chilena nadie se atrevería a negar, estos otros representantes directos de la política del Imperio querían atropellarlo todo y dominar sin control.

Un instinto salvador produjo manifestaciones de resistencia de los elementos chilenos y con resultados prácticos. Un profesor contratado para organizar el Instituto de Anatomía Patológica, a quien todos reconocían competencia en su ramo, tuvo que volver a Alemania porque ni los profesores ni los estudiantes chilenos pudieron tolerar su insolencia. Un ingeniero a quien se había confiado la Dirección General de los Ferrocarriles debió retirarse por su absoluta inhabilidad para adaptarse al carácter y maneras de ser de los chilenos. Y en ambos casos no procedía la resistencia de una ciega oposición al extranjero : el primero fué reemplazado con feliz éxito por un profesor italiano, y el segundo por un ingeniero belga que permaneció largos años en el cargo.

En medio de su avance comercial, que era grande en Chile como en todo el mundo, con el prestigio de sus triunfos

militares del 70, origen de la moda de imitación de lo alemán, no obstante la acción eficaz de los instructores militares y los viajes de oficiales chilenos a Alemania, apesar de sus profesores entre los cuales, lo repito, ha habido hombres que gozan de generales simpatías, y aún cuando eran muchos los chilenos que admiraban la potencia germánica de organización, los alemanes jamás han podido penetrar en el alma chilena.

Los agentes del plan de penetración no supieron hacer esfuerzo alguno para comprender el carácter nacional o adaptarse a sus necesidades, mostraron en muchos casos un orgullo ofensivo y no pocas veces hirieron los sentimientos chilenos por la exhibición de una conciencia de superioridad no bien justificada.

Los chilenos reconocemos que la modernización de nuestro Ejército fué una obra util, necesaria, patriótica. No vemos todavía bien claro cuanto se debe en ella a los instructores extranjeros y cuanto a la inteligencia más rápida, más clara, más asimiladora de los jefes y oficiales chilenos que han purificado la reforma por medio de una adaptación razonada. Hallamos en la pedagogía alemana mucho que es digno de estudio, aún cuando no hemos podido adoptar sus metodos *en bloc*, porque pugnan con el carácter y orientación de la raza.

Pero desconfiamos, porque a través de toda esa labor militar y pedagógica, a través de Bancos y líneas de navegación, de industrias y de contratos con el Estado, hemos sentido una política absorbente, dominadora, que deseaba someter el país a sus influencias exclusivas, que pretendía germanizarlo, con olvido de su carácter, de su tradición, de su genio de raza y de sus prerrogativas de nacionalidad bien constituida.

IV

Comercio con los beligerantes.

Durante largos años el comercio de Chile estuvo principalmente en manos de británicos. Ellos introdujeron las primeras líneas de navegación, los ferrocarriles, los sistemas

bancarios, las grandes casas importadoras y exportadoras.

El centro de nuestras finanzas ha sido y sigue siendo Londres en cuyo mercado halló siempre Chile un crédito facil que era merecida recompensa de la escrupulosa seriedad con que nuestro Gobierno ha cumplido sus obligaciones. Solo en los últimos años ha habido algún interés por dirigirse a Berlín despues de las insistentes solicitudes de los agentes del Gobierno Imperial, pero ha sido para pequeñas operaciones restringidas.

Seguía al británico el comercio francés que ocupó por muchos años el segundo lugar en nuestras estadísticas comerciales. Cuando la navegación a la vela tenia aún cierta importancia, los veleros franceses, si no predominaban en la costa americana del Pacifico, eran por lo menos muy abundantes y algunos grandes armadores de Burdeos hicieron allí sus fortunas.

En los últimos 25 ó 30 años han aparecido en el comercio de Chile dos factores nuevos : Alemania y los Estados Unidos, profundamente diversos en sus métodos, pero semejantes en el empuje vigoroso con que se lanzaron a la conquista de los mercados.

Los alemanes han organizado su comercio como parte de su política general de dominación, en armonía con su influencia intelectual, con su diplomacia y la acción directa de su Gobierno. Los americanos han desplegado maravillosas energías individuales en que la falta de tradición les daba una libertad y originalidad estupendas.

En las últimas estadísticas que he tenido a la mano, las de 1912, el comercio de importación en Chile presentaba el orden siguiente : Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos, Francia, Perú , República Argentina, India, Bélgica, Australia, Italia, España y en seguida unos cuarenta países diversos que figuran con cifras insignificantes.

Gran Bretaña, sin incluir sus colonias, enviaba a Chile el 31 0/0 de lo que nuestro país importaba del extranjero ; Alemania el 27 0/0 ; los Estados Unidos el 13 0/0, y Francia el 5 0/0.

El progreso alemán se ha hecho por largo tiempo a expensas del británico y del francés que habían tenido ambos proporciones mucho mayores. En los diez o doce últimos

años la aparición de los Estados Unidos, sin detener el avance alemán, hace retroceder el comercio francés al cuarto lugar y disminuye la cuota del británico.

La comparación de las importaciones entre los años de 1911 y 12 es curiosa y probablemente ofrece caracteres reveladores de la marcha general. Los valores aparecen indicados en pesos chilenos que valen a la par 18 peniques cada uno.

| | 1911 | 1912 |
|---------------------|-------------|-------------|
| Gran Bretaña..... | 111.767.889 | 105.751.459 |
| Alemania..... | 89.578.552 | 90.751.960 |
| Estados Unidos..... | 43.221.833 | 46.044.771 |
| Francia | 18.990.996 | 19.893.317 |

Las exportaciones arrojan cifras semejantes. Los cuatro grandes clientes compran los productos de Chile más o menos en la misma proporción en que le venden los suyos. La Gran Bretaña toma un 40 0/0 del total de las exportaciones de Chile ; Alemania un 20 0/0 ; los Estados Unidos un 17 0/0, y Francia un 5 0/0.

He aquí las estadísticas comparativas de la exportación entre los años de 1911 y 12 en las cuales es digno de mención el considerable avance de los Estados Unidos :

| | 1911 | 1912 |
|---------------------|-------------|-------------|
| Gran Bretaña..... | 145.913.120 | 150.996.163 |
| Alemania..... | 71.780.194 | 76.878.617 |
| Estados Unidos..... | 53.566.939 | 67.163.193 |
| Francia | 16.068.983 | 21.009.780 |

Es curioso que el comercio francés haya experimentado en los años recientes una ligera alza a pesar de no existir líneas francesas de navegación a Chile, ni Bancos franceses en el país, ni mucho empeño del Gobierno francés por desarrollar ese mercado.

Omiso las cifras muy pequeñas del comercio con el Japón e Italia que no tienen importancia para la demostración de las relaciones comerciales de Chile con los beligerantes, antes de la guerra.

V

Opinión anterior a la guerra.

Había en Chile antes de la guerra en los elementos intelectuales y directores una grande y profunda afección por la Francia, por su cultura, su historia, su civilización cuyo contacto nos había ayudado a realizar el progreso de la República. Como ya he dicho, generaciones tras generaciones se habían formado bajo influencias casi exclusivas de la cultura francesa.

Estas simpatías llegaban hasta el fondo de las masas populares con quienes vivían tradicionalmente en armonía y mutua comprensión los residentes franceses.

Ni las relaciones políticas de los Gobiernos, que eran corteses pero frías, ni las comerciales que eran relativamente escasas, correspondían a este afecto fundado en una comunidad intelectual y moral.

En los últimos años, preciso es decirlo, la vida política francesa, que probablemente veíamos en Chile desfigurada por las exajeraciones de la propia prensa francesa, había despertado en algunas personas, sinceras admiradoras de Francia, una impresión pesimista respecto de esta república. La agitación político-religiosa que acompañó y siguió a la aprobación de las leyes que separaron la Iglesia del Estado, produjo no solo entre los conservadores, sino aun entre muchos liberales chilenos, un efecto penoso.

La Gran Bretaña gozaba en nuestro país de la admiración entusiasta que merecen sus instituciones políticas, y la evolución ampliamente democrática en que se veía entrar a ese país era seguida en Chile con vivo interés. Los ingleses residentes entre nosotros eran muy estimados y se les consideraba buenos factores de progreso, sin que la simpatía de que gozaban llegara a la franca popularidad y fusión íntima de los franceses.

Ambas nacionalidades se nos presentaban como cooperatoras de nuestro progreso, como auxiliares de nuestra riqueza y bienestar, sin que jamás ninguna de ellas nos dejara

ver ambiciones de esas que despiertan recelos en los países débiles, porque su política, tanto la británica como la francesa, lejos de ser invasora o absorbente, era más bien negligente de los intereses que podían desarrollar en Chile.

Ya hemos dicho con qué sentimientos encontrados acogían los chilenos la penetración alemana, de cuyo plan de conjunto, sea dicho de paso, no se daba cuenta todavía el país. De un lado, admiración por sus métodos y el empuje irresistible con que los aplicaban, gratitud por la obra realizada en el Ejército, seducción de la fuerza que arrolla obstáculos. Del otro, una vaga inquietud, una especie de instinto popular que hacía resistir la germanización y desear que hubiera en Chile menos actividad alemana.

Si los alemanes no habían aprendido a conocernos, tampoco nosotros habíamos logrado entenderlos a ellos. La diferencia profunda de las razas, la oposición de sus ideales esenciales, la distancia entre una República muy liberal en sus instituciones y un Imperio militarista y autoritario, la dificultad del idioma, todo contribuía a que, a pesar de la labor ímproba de sus agentes, la nación alemana continuara siendo para nosotros un enigma que solo la guerra nos ha permitido descifrar por completo.

Conviene advertir todavía para dejar en toda su realidad este resumen de los sentimientos con que en Chile se miraba a los beligerantes, antes de la guerra, que en nuestro país se había desarrollado en los últimos tiempos una impresión pesimista acerca de la amistad que podíamos esperar de las naciones europeas en general. Se las acusaba a todas ellas, sin exceptuar nuestra madre España, de juzgarnos mal, de no darnos el lugar que creíamos merecer, de confundir a Chile, país de orden y cuya historia puede ser examinada sin que haya en ella nada que nos sonroje, con otras repúblicas que han solido dar materia para la ópera y la canción.

La literatura, el arte, la prensa, las impresiones recogidas por los numerosos chilenos que volvían de Europa, confirmaban esta impresión, fruto en parte de una comprensible vanidad nacional, pero justificada hasta cierto punto por las defectuosas informaciones que en general ha habido respecto de la América Española.

En los años recientes la labor del « Groupement des

Universités et Grandes Ecoles de France », el Comité France-Amérique y algunas organizaciones españolas tendían a una reacción saludable y mutuamente ventajosa.

VI

Al comenzar la guerra.

Al tiempo de publicarse los primeros telegramas que anunciaban la declaración de guerra y la invasión del Luxemburgo y Bélgica por el ejército alemán, se produjo en Chile un grande apasionamiento y puede decirse que fueron raros los chilenos que habrían tenido el derecho de proclamarse neutrales en el fondo de sus conciencias.

Cada uno tomó el partido a que lo inclinaban sus simpatías, las tendencias de su espíritu, las doctrinas en que había basado su cultura.

Para nada entraban en este apasionamiento las consideraciones materiales, los intereses del comercio o de la industria. Los chilenos comprendieron desde el primer momento que estaban en presencia del choque pavoroso de dos formas de civilización, de dos maneras de entender el progreso, de dos doctrinas fundamentales que afectan a la humanidad entera.

La propaganda alemana fué en los comienzos activísima y adoptó un tono violento que debía hacerle luego mucho daño. Aparecieron periódicos especiales destinados a probar la justicia con que el Imperio Germánico lanzaba sobre Europa la maquinaria de su organización militar. Se explotó lo mejor que se pudo la admiración que muchas gentes tenían en Chile por el Ejército alemán, que conocían solo en tiempo de paz y sobre el cual se había modelado el chileno.

Se llegó en esta campaña hasta intentar hacer aparecer al Ejército chileno, cuya popularidad en el país es muy merecida, como un centro de propaganda alemana, y con este objeto los agentes germánicos dieron a luz un periódico cuya redacción se confió a dos españoles y que llevaba el título engañoso de « La Gaceta Militar », destinado a hacer creer fuera de Chile que era un órgano del Ejército.

Fué menester revelar fuera de Chile el verdadero carácter de esa publicación que en su tiempo dió mucho que hablar. En el país tales explicaciones eran innecesarias pues a nadie se le ocurría pensar que pudiera haber oficiales de nuestro Ejército mezclados en una labor que habría sido contraria a sus deberes más elementales y a los intereses primarios de su patria.

La prensa chilena adoptó una actitud reservada y serena, como correspondía a un país neutral y en el cual viven ciudadanos de todos los países beligerantes. Nuestros diarios han llevado aún demasiado lejos su respeto por los sentimientos de los grupos extranjeros que residen en Chile. Esto y un deseo de hacer justicia, de formarse un criterio propio, de dejar lo que los ingleses llaman *fair play*, hizo que los diarios chilenos, me refiero a la prensa que influye sobre la opinión, aparecieran en los comienzos de la guerra como descoloridos.

En algunos de ellos se aceptaron colaboraciones de uno y otro lado que entablaban polémica o contestaban las apreciaciones de los corresponsales del diario.

Si es verdad que no hacían muchos comentarios editoriales, los diarios chilenos recibían en cambio abundantes noticias europeas, todo lo que la censura permitía, ensanchando en lo posible sus servicios ordinarios de información telegráfica, algunos de los cuales son excelentes.

Y cuando las comunicaciones postales perturbadas en los primeros días se regularizaron, comenzaron a publicarse los documentos de la guerra, las notas oficiales referentes á su origen, los informes acerca de la campaña alemana en Bélgica y en el norte de Francia, los detalles oficiales del tratamiento dado a las poblaciones civiles. Al mismo tiempo llegaban a Chile numerosos chilenos que habían estado en París, en Londres, al iniciarse las hostilidades y aparecían cartas de corresponsales chilenos que seguían desde acá el curso de los sucesos y completaban con comentarios las noticias telegráficas.

En suma, los diarios chilenos fueron poco a poco recogiendo documentos, acumulando material para formar juicio, trazando el cuadro enorme de la guerra y dando a la opinión

los elementos necesarios para apreciar en conciencia los intereses humanos que estaban en juego.

La violación de la neutralidad del Luxemburgo y de Bélgica, la comparación de los documentos de la cancillería alemana con los que publicaban los Aliados, los métodos de guerra adoptados por el ejército alemán en Flandes y Francia, produjeron en Chile una indignación unánime. Ni una voz chilena se alzó, que yo sepa, para justificar aquellos hechos. Las defensas intentadas por la propaganda alemana no hallaron eco, hacia el fin del año 1914 la opinión chilena estaba orientada y se sentía ya que la mayoría del país reconocía que Alemania era responsable de la guerra y que su manera de conducirla estaba en contradicción con los principios esenciales de la civilización.

Sin embargo, la conciencia completa del sentido humano de la lucha no se formaba todavía. La propaganda alemana era muy fuerte y la de los Aliados débil.

Los alemanes mismos se iban a encargar de hacer sentir en Chile que su triunfo sería un peligro para todos los pueblos del orbe que aspiran a vivir libres y a ser respetados.

VII

La campaña de los cruceros alemanes.

La guerra había arrojado a Chile en una profunda crisis económica. Ya hacía varios años que el organismo económico del país estaba muy debilitado y carecía de fuerzas de resistencia. El conflicto europeo paralizó todo nuestro comercio. Las exportaciones del nitrato de soda, que dan al Estado la principal de sus rentas, fueron súbitamente interrumpidas. Varias docenas de miles de obreros que se ocupan en la extracción, elaboración y embarque de esa sustancia quedaron sin trabajo. Los agricultores del centro y del sur se vieron sin mercados para sus productos. Los comerciantes hallaron cortados sus créditos europeos y detenidas las remesas de mercaderías. El valor de cambio de la moneda chilena bajó a los límites de un desastre. El costo de la vida encareció en proporciones enormes.

Esta crisis no hubiera sido tan grave, porque habría sido

de muy corta duración, si no mediara la circunstancia de que la mayor parte de los barcos de guerra alemanes que no se habian refugiado en el canal de Kiel, se reunieron en el Pacifico del sur y comenzaron a perturbar el tráfico de la marina mercante británica que hacía principalmente el comercio de Chile.

Esos cruceros, eficazmente ayudados por sus compatriotas residentes en Chile, hallaban manera de recibir carbón y viveres violando a cada paso la neutralidad de Chile, burlando la vigilancia de la pequeña escuadra chilena, llegando a interrumpir por completo toda actividad marítima en nuestros mares.

No era una empresa muy difícil porque la costa de Chile tiene mas de 4.000 kilómetros de largo, está escasamente poblada y se quiebra hacia el sur en un dédalo de canales, islas y *fjords* enteramente desiertos, que son un excelente refugio para barcos que se dediquen a una campaña de esta especie.

Los Aliados tenían entonces fuerzas muy deficientes en el Pacifico y aún las primeras que los ingleses enviaron fueron del todo insuficientes y sufrieron un grave revés.

Esa campaña de los cruceros alemanes cuesta a Chile la pérdida de muchos millones de pesos, una gran miseria popular, la desorganización de sus principales industrias y, lo que es peor, la humillación de sentirse impotente para hacer respetar su neutralidad contra una empresa que nada respetaba.

Los gabinetes europeos no comprendieron al principio lo que ocurría en aquellas costas, lo que se explica perfectamente por lo urgente y extraordinario de las circunstancias. La prensa de los Aliados fué injusta con el Gobierno y el pueblo de Chile. Por suerte, la Cancillería Británica tuvo luego informaciones completas y reconoció la buena fé con que nuestras autoridades luchaban en medio de dificultades enormes contra los atropellos alemanes y la sinceridad con que la opinión chilena exigía que se pusiera término a un estado de cosas que era ruinoso para nuestro país.

Hubiera sido un milagro que el Gobierno de Chile hubiera podido impedir en absoluto aquellas violaciones de su neutralidad con su pequeña y anticuada marina de guerra,

con una costa tan extensa, despoblada y llena de accidentes, y contra el carácter desesperado que los cruceros germánicos daban a su campaña.

La solución la halló la escuadra británica que destruyó esos cruceros en los combates de las islas Falkland y de Juan Fernandez. Desde ese día, Chile comenzó a rehacer su actividad comercial é industrial y ha logrado después volver a la normalidad hasta donde es posible durante la guerra.

VIII

La evolución.

El haber sentido en carne propia los efectos de la actitud de la Alemania con los pueblos débiles, el haber visto allí mismo, en nuestra costa, atropellos del derecho, violaciones de la neutralidad, constituyó para los chilenos una lección objetiva muy eficaz y que fué bien aprovechada.

Aún los admiradores de Alemania, los que habían puesto en duda o atribuido a exajeraciones los documentos publicados y las versiones transmitidas sobre los sucesos de Europa, los que más se extasiaban ante la organización germánica que habían estudiado en tiempo de paz, comprendieron el peligro que una Potencia con tales métodos y tal mentalidad ofrecía para Chile como para todos los pueblos que tienen la resolución de conservar su libertad y su soberanía, ajustando sus actos al derecho público de las naciones.

La presión de la opinión chilena desfavorable a Alemania comenzó a sentirse con más fuerza. La propaganda germánica bajó el tono al mismo tiempo que la de los Aliados alcanzaba una mejor organización. Se multiplicaron las informaciones de todo género que iban revelando el carácter íntimo de la guerra.

Unos diarios, como *El Mercurio*, sin dejar de ser respetuoso hasta el último extremo de los sentimientos de todos los beligerantes residentes en Chile, cosa a que le obliga la hospitalidad tradicional del país, no disimuló su simpatía por la causa de los Aliados. *El Diario Ilustrado*, de tendencias conservadoras, pero que no es órgano oficial de ese partido, asumió una actitud reservada que más bien parecía un esfuerzo para no comprometerse ante su público, en el cual

adivinaba opiniones opuestas, que falta de un convencimiento propio.

El único diario importante que hubiera podido en los comienzos ser tildado de germanófilo, *La Unión*, órgano del partido conservador y del clero, modificó sensiblemente su tono y tuvo acentos de piedad para Bélgica y de protesta contra ciertos actos germánicos. Una coincidencia curiosa dentro de los movimientos ministeriales chilenos hizo que fueran estadistas ligados al partido conservador por pactos políticos, como los señores Salinas y Villegas, quienes tuvieron que luchar contra las violaciones de la neutralidad de Chile cometidas por los alemanes, y que fuera un joven y distinguido miembro del partido conservador, el señor Lira, el que se vió obligado a declarar en una nota a la Legación alemana en Santiago que no continuaría con ella la discusión de materia alguna, mientras el Gobierno alemán no contestara a las varias reclamaciones que el de Chile tenía presentadas hacía varios meses.

Por último, las campañas de los submarinos y de los zepelines, la destrucción de vidas inocentes, la muerte de centenares de civiles, de ancianos, mujeres y niños que viajaban en barcos mercantes o que dormían en sus habitaciones en ciudades abiertas a gran distancia del teatro de la guerra, acabaron de indignar a la opinión chilena. El caso del *Lusitania* fué condenado unánimamente, por toda la prensa sin excepción, y así lo han sido las repeticiones de aquel hecho.

Al cabo de año y medio de guerra se pueden definir con más precisión los puntos acerca de los cuales la mayoría de los chilenos parece haber llegado a un acuerdo.

La mayoría del pueblo de Chile reconoce que hay razones jurídicas en el interés de la civilización y de la humanidad, en defensa de los principios constitutivos de todas las democracias, y a fin de salvar de la destrucción la civilización latina a la cual pertenecemos, para desear el triunfo de los Aliados y la supresión definitiva del militarismo alemán.

Se ha formado conciencia acerca de algunos puntos fundamentales que podrian resumirse de esta manera :

1º Que la Alemania provocó esta guerra cuando lo creyó conveniente, después de haber preparado a su pueblo en una labor de más de cuarenta años por medio de una edu-

cación y organización cuyo único objetivo era agredir a Europa con propósitos de conquista.

2º Que una mentalidad semejante, capaz de someter toda la existencia de un pueblo a un fin de agresión y conquista pugna contra las nociones modernas de libertad, de fraternidad humana y de progreso moral.

3º Que el triunfo de una nación en la cual se proclama la necesidad militar como única razón para violar los tratados, se establece la fuerza como única fuente de autoridad, y se niegan a las nacionalidades sus libertades esenciales, sería el mayor peligro que podrían correr las democracias modernas y todos los principios a cuyo impulso se hizo la independencia americana.

4º Que los métodos de guerra preconizados por los escritores alemanes, sancionados en sus reglamentos, y aplicados en las campañas de 1914-15 son contrarios a las nociones de humanidad que el cristianismo difundió en el mundo y violan las convenciones adoptadas entre los pueblos civilizados para hacer que la guerra pierda los caracteres de inútil y bárbara crueldad que tenía en las edades primitivas.

5º Que existe en el fondo de esta lucha el conflicto entre las dos tendencias filosóficas y políticas que se han disputado el dominio de los pueblos y la inspiración de sus movimientos : una que se basa en la fuerza y otra en el derecho, una en la libertad y otra en la sujeción, una en la fraternidad y otra en los odios cultivados como un principio sagrado y casi místico.

No creo equivocarme al decir que sobre estas cuestiones fundamentales la opinión chilena está de acuerdo. Es decir, lo está la abrumadora mayoría, sin que falten gentes que piensen de diversa manera.

En todos los países existen los admiradores de la fuerza y de sus éxitos transitorios, cualquiera que sea su significado moral. Hay elementos flotantes en distintas clases de la sociedad para quienes la invasión, la destrucción de ciudades y de vidas aparece como una señal de superioridad. La filosofía simplista del hombre de la caverna tiene todavía partidarios.

No faltan en Chile personas que no han perdido su admiración por lo que se llama la organización alemana y el

poder galvanizador de sus métodos. No todos se dan el trabajo de examinar los resultados que produce esa tan decantada organización cuando se la aplica al servicio exclusivo de la fuerza brutal y de una ambición que no reconoce barreras morales.

Acaso el mayor número de los amigos que todavía cuenta en Chile la causa alemana se hallaría entre el clero y ciertos grupos de católicos militantes. No por cierto entre los más cultos y mejor informados.

En el comienzo de la guerra muchos miembros del clero chileno sufrieron la misma perturbación de criterio en que aún permanece el clero español : creyeron que en esta guerra el Imperio Germánico era una especie de agente de la Providencia para castigar a Francia por haber expulsado las congregaciones.

Esta interpretación un poco libre y de dudosa ortodoxia, envolvía una injusticia cruel contra la católica Bélgica y contra los millones de fervientes católicos franceses é ingleses. Pero no era toda la culpa de los que así adoptaban con ánimo ligero el « viejo Dios Aleman » que el Emperador Guillermo invocó tantas veces en sus primeras proclamas. El Vaticano, todos lo sabemos, no tenía en aquellos días una política clara y definida. Corrían versiones explotadas por la propaganda alemana que mantenían en dolorosa inquietud a los pueblos católicos que figuraban entre los Aliados. Hombres de gran fé religiosa se preguntaban si se les iba a obligar a escoger entre sus sentimientos patrióticos y el sometimiento a una política romana que, dentro de la más perfecta ortodoxia, podían juzgar errónea.

El clero de Chile comprendió el peligro aún antes de que el Vaticano hubiera dado muestras de que no vinculaba los intereses del catolicismo al Imperio aliado del mahometismo, que destruía iglesias y fusilaba sacerdotes en Flandes, mientras sus agentes predicaban en Asia y Africa la guerra santa contra el cristianismo.

Por otra parte, ni antes ni después el clero o los católicos que simpatizaban con la causa alemana hicieron pública manifestación de sus sentimientos. Su órgano oficial, ya lo he dicho, mostró que no deseaba ser considerado germanófilo. Y lo que es más importante, no pocos sacerdotes respetables

y hombres distinguidos de valer intelectual, profesores y profesionales, no ocultaron sus convicciones enteramente favorables a los Aliados. Uno de los profesores más eminentes de la Universidad Católica de Santiago, Don Juan Enrique Concha, que con tanto brillo ocupa la cátedra de Economía Social, ha mostrado en publicaciones recientes sus simpatías por los Aliados, su convencimiento de que sostienen una causa justa, y ha dejado ver su especial admiración por Francia cuyas escuelas económicas han sido objeto de sus estudios desde hace varios años.

IX

Problemas futuros.

Desde el punto de vista jurídico y moral interesa profundamente a los chilenos la forma en que han de recomponerse las fuerzas europeas que hoy están en lucha y los principios de derecho que se hayan de aplicar a la nueva Europa.

Un país joven, débil y constituido democráticamente, como el nuestro, necesita para su libre desarrollo futuro que el principio de la nacionalidad, tal como ha sido proclamado por los Aliados, sea llevado a la práctica en las soluciones a que dé lugar la guerra.

Desearíamos que de esta lucha surgieran garantías sólidas para que en lo sucesivo no pueda ser violado el derecho público internacional en la forma en que lo ha sido, para que los tratados vuelvan a constituir una base cierta en las relaciones entre los pueblos, para que no sea menester considerar la fuerza como única prenda de seguridad para una nación que a nadie provoca. Necesitamos, en suma, que la Europa vencedora del militarismo garantice a la humanidad que el caso de Bélgica no podrá repetirse.

Nos inquietan bajo su aspecto económico los resultados de la guerra. De Europa hemos recibido no solo cultura y principios de derecho, sino además comercio, capitales é inmigración.

Mientras más pronto se rehagan las energías económicas de la Gran Bretaña y de Francia, así como de los otros

países europeos con los cuales necesitamos hacer intercambio de productos, tanto mejor para nosotros. Nuestros mercados necesitan estar abiertos a todos y a todos necesitamos ofrecerles los productos de nuestro suelo.

Esperamos que la reacción que seguirá a la guerra producirá en Europa un interés particular por el nitrato de soda de Chile, cuando la agricultura necesite intensificar su producción para rehacer la riqueza perdida. Alemania ha declarado una especie de guerra a nuestro producto y ha anunciado oficialmente que ya no lo necesita porque obtiene los mismos resultados con sus abonos químicos y el nitrógeno extraído del aire. Queremos creer que los demás países continuarán dando la preferencia al producto natural chileno.

Cual será la condición de los grandes mercados monetarios de Londres y París, después de la guerra? He aquí un problema que nos interesa. Necesitamos capitales y hasta ahora los hemos hallado en esos países abundantes y en términos satisfactorios. El resurgimiento financiero de ambas grandes Potencias, después de los gigantescos esfuerzos que hacen para su defensa, es un interés chileno inmediato.

Se puede suponer que la guerra arrojará en los primeros años después de firmada la paz grandes masas europeas sobre América. Deberemos ser muy cautelosos en la selección de esos elementos, muchos de los cuales pueden llevarnos un concurso precioso, para que no nos lleguen otros que ofrezcan tropiezos a nuestro desarrollo. Las leyes chilenas son a este respecto de una libertad absoluta. No existe en nuestro país limitación o restricción alguna para la inmigración. La guerra ha revelado que la incrustación de masas considerables de extranjeros pertenecientes a naciones con ambición imperialista constituye peligros muy serios para el pueblo que los recibe en su seno con excesiva generosidad. Nos será forzoso establecer la condición de los extranjeros en Chile en una forma más cuidadosa, que sin desviarnos de la política liberal que hemos seguido nos ponga a cubierto de otros inconvenientes.

Hasta ahora las perturbaciones que la guerra ha introducido en el comercio y las industrias europeas han beneficiado a los Estados Unidos que continúan desarrollando con mayor fruto que antes su actividad en los mercados ameri-

canos. Es posible también que esas mismas circunstancias faciliten la introducción de capitales americanos en nuestro país ahora que New-York puede hacer reservas cuantiosas de oro.

Y aquí surge un problema que raras veces ha sido siquiera insinuado en Europa y que sería tiempo de prever y de estudiar.

En los últimos años el Océano Pacífico ha sufrido una transformación que es uno de los fenómenos más interesantes de nuestra época. Antes, sus aguas bañaban las costas de nacionalidades en formación o de viejos países en decadencia. La costa occidental de los Estados Unidos no tenía importancia. Toda la América española era un caos indescifrable. Australia y la Nueva Zelanda nacían apenas y el Japón iniciaba su maravillosa resurrección. Hoy todos esos países han llegado a su pleno desarrollo, tienen comercio e industrias, son centros de riqueza o lo serán en breve, y el canal de Panamá los pone en contacto directo y fácil con el resto del mundo civilizado.

No es una simple fantasía la posibilidad prevista por diversos escritores de una lucha por el dominio del Pacífico en la cual el Japón y los Estados Unidos serían el centro de agrupaciones de potencias.

A los chilenos nos interesa saber en qué forma las soluciones que provocará la guerra actual afectarán los términos de ese problema que nos toca intimamente.

Por último, nuestro interés está ligado a la conclusión de la guerra. Deseamos la paz como la desean todas las naciones civilizadas; pero queremos una paz definitiva, que resuelva los problemas, y no una provisoria que los deje en suspenso durante algún tiempo. Sabemos demasiado bien que si la paz futura no se fundara en la destrucción del militarismo prusiano, obligándolo a renunciar a las ambiciones que lo llevaron a provocar la guerra, sería de corta duración. Durante una tregua de esa naturaleza, con la Europa y el mundo amenazados de una renovación del conflicto, no podríamos volver a la perfecta normalidad de nuestro desarrollo. Preferimos la continuación de la guerra, con todos los daños que nos causa, con tal que se llegue a una verdadera solución definitiva de hecho y de derecho.

X

El ideal latino.

La guerra nos ha revelado un mundo de ideas que presentiamos y que nos acercan a los pueblos latinos de Europa con los cuales tenemos comunidad de origen, de intereses morales y de rumbos de cultura.

Nuestra civilización tiene un origen puramente latino. Procede en primer término de España y ha sido modificada esencialmente por la influencia francesa que hemos recibido durante todo el siglo XIX.

No podemos concebir una evolución que nos llevara a caminos opuestos a esos. Cuando un pueblo tiene una raza definida, con una historia que le ha permitido constituirse en una nacionalidad bien determinada, no puede aceptar un cambio de civilización impuesto por una influencia externa, sin renegar de sí mismo y renunciar a su carácter y su constitución esencial.

Dispuestos estamos a recibir las influencias de otros países y a tomar de cada uno de ellos lo que nos parezca convenir mejor a nuestro progreso. Mucho nos place sentir que en Chile se verifican esas fusiones de ideas en las cuales las culturas diversas influyen las unas sobre las otras.

Pero hay un fondo esencial determinado por nuestro origen y nuestra primera formación intelectual que nadie será osado a tocar. La forma imperativa, avasalladora, absorbente de toda penetración alemana, tal como la comenzábamos a sentir en nuestro país y como la ha revelado con mayor claridad la guerra actual, es incompatible con la existencia de una nación libre y solo puede aplicarse a pueblos que se suicidan.

Nosotros deseáramos que los que hoy son Aliados siguieran manteniendo su acuerdo despues de la guerra para bien de la humanidad y constituyeran un núcleo que debería ser centro para la solución de muchos problemas humanos que nos interesan. Ellos serían de esta manera los campeones del nuevo ideal.

Se habla mucho de la renovación del ideal latino. La

expresión es todavía vaga y sería menester precisarla en palabras y en hechos. Si ese ideal latino consiste en el respeto del principio de nacionalidad en una forma efectiva, en la difusión de la cultura que nació en Roma y que ha llegado a producir las libertades de que hoy gozan o a que aspiran los pueblos contemporáneos, en el predominio del derecho sobre la fuerza, en una labor para hacer la existencia humana mejor y más bella, en la cooperación internacional para elevar las condiciones morales y materiales de la vida de todos los pueblos, el ideal latino es el nuestro, es el de nuestra joven democracia.

Para que los países americanos entren en ese ideal es menester, a mi juicio, que las Potencias europeas que lo encarnan, lo pongan como base de sus futuras relaciones con las nacionalidades del nuevo continente, reconozcan a estas su posición en la asamblea de los pueblos cultos, comprendan que esos países son la humanidad futura que ya está en marcha y tienen una personalidad propia.

Desde el Canadá al Estrecho de Magallanes, desde Australia y Nueva Zelanda al Africa Austral, hay un mundo que fué engendrado por Europa y que pronto llegará a su mayor edad. Sus orígenes son españoles, británicos y franceses. La raza germánica ha probado mejores facultades para destruir nacionalidades que para crearlas.

La política del futuro debería basarse en el convencimiento de que el progreso de la humanidad no puede hacerse sino por el acuerdo íntimo, leal, desinteresado, entre las naciones de Europa y las de ese mundo nuevo. Sin ese acuerdo ni la vida política, ni la intelectual, ni la económica de Europa podría alcanzar después de la guerra su perfeccionamiento, ni aquellas naciones que ahora se despiertan a la actividad en todos los órdenes podrían completar su evolución.

Las fuerzas que aún faltan a la juventud de nuestros pueblos americanos tenemos que buscarlas en Europa. Los bálsamos que curarán las heridas del viejo continente, hoy desgarrado y sangriento, solo se hallarán al otro lado de los mares.

